



El problema de la historia en la filosofía de Arthur Schopenhauer

Ricardo Hurtado Simó

De todos es conocido que los sistemas racionalistas suelen considerarse de corte optimista, y la filosofía de Schopenhauer pretende tratar los temas que el racionalismo consideró secundarios y políticamente incorrectos. Frente a la firme (y a veces ciega) confianza en el progreso de la humanidad, en la perfectibilidad del ser humano, Arthur Schopenhauer nos expondrá un pesimismo que será metafísico, en el sentido de que se presenta como una consecuencia de la forma de ser de la voluntad metafísica. Su punto de partida es el mal y el dolor, ya que la filosofía nace del asombro, pero del asombro por el sufrimiento. Su doctrina pretende reflexionar sobre el dolor que acompaña toda la vida. Al respecto, el viaje que realizó en su juventud por algunos países europeos le impresionó y marcó su orientación, al contemplar la miseria de las clases sociales más pobres.

Para el racionalismo, el mal es algo secundario, es el precio del bien y su problema ya fue tratado por Leibniz en lo que se denomina “el problema de la Teodicea”, justificándolo como una privación, no un ser; el mal es privación de lo que debería ser. Para Leibniz, el mal tiene una causa deficiente, no eficiente. Para Schopenhauer, son censurables todas aquellas concepciones que muestran un optimismo fácil y se olvidan, tal vez ingenuamente, tal vez interesadamente, del lado turbio de la existencia humana, o cuando lo admiten, lo justifican bajo el sobrenombre de “racional”. Este planteamiento quizás pueda parecer exagerado o incluso sesgado, por situarse en el extremo opuesto del optimismo racionalista, y en concreto del ilustrado, pero nos situamos, primeramente en las coordenadas vitales en las que se ubica Schopenhauer, y en segundo lugar, en el devenir de la humanidad a lo largo de los siglos, emerge con fuerza una visión apocalíptica, marcada por guerras, destrucción, decadencia y sufrimiento. Es por este motivo por lo que las tesis de Schopenhauer, ya sean compartidas o no, bien pueden situarse dentro de una visión realista sobre la historia, y en concreto sobre su protagonista, el ser humano.

Al respecto, Schopenhauer hace una síntesis entre la idea privativa y la idea efectiva del mal. El mal arraiga en el origen de la existencia, y por ello el ser en sí de las cosas conduce al pesimismo, esto nos lleva a una concepción muy importante dentro de su filosofía, la *voluntad*, que tiene una repercusión esencial en el modo en que el pensador nacido en Danzig se enfrenta a la Historia. La voluntad es un ciego impulso, esfuerzo infinito o devenir eterno, y por ello, por su constitución absolutamente incondicionada, no puede alcanzar nunca el bienestar o una situación de tranquilidad; su esfuerzo es continuo, pero no puede alcanzar nada. Este rasgo se refleja en su autoobjetivación en la vida humana; el ser humano busca la felicidad, pero es algo inalcanzable, como lo será la idea de progreso, un motor que pretende mover a la humanidad, pero que carece verdaderamente de sentido y finalidad.

La voluntad originaria se caracteriza por la privación, y con ello, la vida es dolor y aburrimiento. Todo es insatisfacción.

Adentrándonos ya en el tema de este estudio, Schopenhauer, siguiendo a Kant, afirma que el tiempo no forma parte de las cosas en sí, es fenoménico y superficial. Sin embargo, Kant hablaba de progreso en la historia, lo que tiene un trasfondo moral y no fenoménico.

En Schopenhauer, su estudio acerca de la historia aparece en el libro tercero de *El mundo como voluntad y representación*, y en concreto, donde aborda el tema con más profundidad es en el capítulo 38, titulado “Sobre la Historia”. Con anterioridad,

en dicha obra se esboza la cuestión referente a la historia conectándola con la poesía; como sucede en otras manifestaciones artísticas, la poesía revela ideas, y las muestra al lector o al oyente con la vitalidad y la rotundidad con la que las aprehende intuitivamente el poeta. Ahora bien, entre la intuición del artista y el acceso que tiene a ella la persona del espectador, a través de conceptos, es fundamental la presencia de elementos mediadores capaces de establecer una vinculación entre la idea intuida y su concepto, como sucede con la fantasía,

“(…) el poeta, a partir de la abstracta y transparente generalidad de los conceptos, y por el modo en que los combina, es capaz, por así decirlo, de precipitar lo concreto, lo individual, la representación intuitiva.”¹

Así, la poesía es un verdadero saber de la humanidad, capaz de expresar mediante conceptos las intuiciones vitales de los hombres; desde la *Iliada* o la *Odisea* de Homero, hasta las *Baladas* de Goethe, pasando por Shakespeare, el poeta siempre ha sido capaz de narrar el modo en que se ha enfrentado a su mundo, convirtiéndose con ello en un paradigma de una conciencia histórica colectiva. En este punto, Schopenhauer se centra en la poesía lírica, la más sublime de todas, aquella en la que el poeta intuye y expone con fuerza su propio estado, pero proyectándose hacia lo general,

“(…) en la poesía lírica, de los auténticos poetas se reproduce el interior de toda la humanidad, y todo lo que millones de hombres pasados, presentes y futuros han sentido y sentirán en las mismas situaciones, porque siempre retornan, encuentra en ella su adecuada expresión.”²

Como veremos, a diferencia de la historia meramente fenoménica, la poesía, y en concreto la poesía lírica, es capaz de llegar a lo más profundo de la naturaleza humana. De esta manera, el valor del poeta se acrecienta como auténtico narrador del devenir humano,

“(…) el poeta es el hombre universal: todo lo que ha conmovido el corazón de algún hombre, lo que en alguna situación la naturaleza humana ha dado de sí, lo que en algún lugar habita y se gesta en un corazón humano, es su tema y su materia; como también todo el resto de la naturaleza. De ahí que el poeta pueda igualmente cantar el placer que la mística, ser Anacreonte o Ángel Silesio, escribir tragedias o comedias, representar el ánimo sublime o el vulgar, según su honor o vocación.”³

La primacía de lo artístico muestra el legado romántico en Schopenhauer, mucho más inclinado hacia la expresión emotiva y sentimental como modo para comprender al hombre que la fría y rígida creación de conceptos; el arte, y por extensión la poesía, rompen las barreras de la razón y se sumerge en la catarata desbordante de lo sublime y desmesurado.

Por el contrario, según Schopenhauer, la historia es repetición fenoménica y temporal acerca de la humanidad. El papel de la historia es servir de conciencia reflexiva de la humanidad, y el hombre tiene dos facultades, entendimiento y razón. La razón es capacidad de conceptos, y es lo que distingue al ser humano del resto de seres vivos; la razón proporciona reflexión, capaz de hacer de la vida humana una unidad. Y el papel de la historia en el género humano es semejante al que tiene la

¹ SCHOPENHAUER, Arthur, *El mundo como voluntad y representación*, Madrid, Trotta, 2009, p. 298.

² *Ibid.*, p. 305.

³ *Ibidem.*

razón para las personas concretas. Situándonos en el capítulo fundamental para este trabajo, titulado “Sobre la Historia”, observamos que según Schopenhauer,

“La historia es la única (de las ciencias) que no puede entrar en esa serie, ya que no puede gloriarse del mismo privilegio que las otras: pues le falta el carácter fundamental de la ciencia, la subordinación de los conocimientos (...).”⁴

La historia se vincula con las relaciones causales. Es mera sucesión de hechos sin orden interno. Autores de referencia al respecto como Condorcet o Kant confían en la historia, en el progreso del hombre en ella y en la consecución de la felicidad, pero no son conscientes de su propia inconsistencia, y convierten la historia en una amalgama de datos históricos, biográficos y contenidos morales sin un rumbo establecido.

Por tanto, la historia es un saber, no una ciencia, y podría en todo caso ser una ciencia de individuos, lo que es un contrasentido, puesto que está carente de conceptos.

Al hilo de su exposición, Schopenhauer también contrapone filosofía e historia, ya que la historia se centra en lo particular y la filosofía en lo universal; la historia expone lo diferente, el cambio, mientras que la filosofía la identidad, lo permanente. Por tanto, la historia no tiene profundidad,

“Hasta lo más general de la historia es en sí mismo meramente particular e individual, en concreto, un largo segmento de tiempo o un acontecimiento principal.”⁵

La historia se mantiene en el plano subjetivo, y por ello sólo puede proporcionarnos un conocimiento parcial e imperfecto de los hombres y de su modo de estar en el mundo. En la historia, la generalidad sólo es una expresión subjetiva del conocimiento del historiador, y es aquí donde reside su debilidad,

“La misma oposición se demuestra en el hecho de que en las ciencias reales lo particular e individual es lo más cierto, ya que se basan en la percepción inmediata: en cambio, las verdades generales se abstraen a partir de aquello; de ahí que en estas pueda haberse admitido algo erróneo.”⁶

Pero bajo estas críticas a la historia subyace en nuestro protagonista una visión esencialista de la vida y la naturaleza humana, una firme defensa de lo invariable y lo universal,

“Verdaderamente, la esencia de la vida humana, como la de toda la naturaleza, existe en su totalidad en cada momento presente y por eso para ser conocida exhaustivamente no necesita más que la profundidad de su captación.”⁷

Frente a la historia, la filosofía es comprender el ser idéntico, buscar la permanencia en el cambio, capturando el elemento que permanece idéntico y común en los sujetos, por encima de acontecimientos y fases históricas. Mientras que la historia no hace más que narrar, la autoridad del pensamiento filosófico reside en su capacidad para fundamentar, pues ésta es su finalidad, comprender las bases inamovibles que configuran la esencia humana. Dicho esto, a la historia sólo le queda ser conciencia reflexiva de la humanidad, que se despliega en pasado, presente y

⁴ *Ibíd.*, p. 491.

⁵ *Ibidem.*

⁶ *Ibíd.*, p. 492.

⁷ *Ibíd.*, p. 493.

futuro, y no puede tener otra función. Obviamente, esto supone un duro ataque al optimismo y al racionalismo ilustrado, ya que se niega explícitamente el progreso histórico en sus diferentes variantes, técnico, moral y político.

Mientras que Hegel, como culminación del racionalismo leibniziano y el célebre *nihil est sine ratione*, barnizaba el devenir histórico bajo una profunda capa de racionalidad que hacía que todo acontecimiento formase parte del plan maestro de la astuta razón, Schopenhauer afirma con rotundidad que la historia carece de razón, pues sólo aborda la conciencia del individuo, no del género humano,

“Lo que narra la historia no es de hecho más que el largo, difícil y confuso sueño de la humanidad.”⁸

Schopenhauer, al hacer referencia al sueño de la humanidad, bien podría hacer referencia al sueño dogmático de la razón del que cree haber despertado Kant gracias a la lectura de Hume, aunque como vemos, parece que no se ha despojado totalmente de las ataduras racionalistas.

Si nos retrotraemos un poco más en el tiempo, llegamos a la célebre distinción cartesiana entre la vigilia y el sueño, camino necesario para superar la confusión y establecer un fundamento duradero. Pero pese a sus intentos y a los de muchos de sus seguidores, como Schopenhauer expone, la humanidad parece no haber despertado.

Como conclusión a este estudio, señalaremos que, a diferencias de propuestas optimistas y a veces incluso simplistas como la filosofía de la historia que Condorcet expone en su *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*⁹, recorriendo los principales hitos de la humanidad desde sus orígenes y proyectándolos hacia un futuro hipotético y conjetural, coherentemente con sus planteamientos, Schopenhauer reivindica una comprensión filosófica de la historia que sea capaz de fundamentar y no sólo de enumerar, que nos permita, más allá de los acontecimientos, encontrar un hilo conductor, algo permanente en el devenir,

“La verdadera filosofía de la historia consiste, en efecto, en entender que, en medio de todas esas infinitas transformaciones y su barullo, siempre tenemos delante el mismo, igual e inmutable ser, que hoy actúa igual que ayer y siempre: debe, pues, reconocer lo que es idéntico en todo los acontecimientos, antiguos como modernos, de Oriente como de Occidente y, pese a toda la diversidad de las circunstancias particulares, de las ropas y las costumbres, ver en todas partes la misma humanidad.”¹⁰

⁸ *Ibíd.*, p. 494.

⁹ CONDORCET, *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 2004.

¹⁰ SCHOPENHAUER, *op. cit.*, p. 495.